

# baketik

Revista de ideas éticas del Centro por la paz de Arantzazu

10 Junio de 2010  
2€



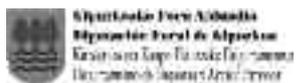
## Monográfico de las IV Jornadas sobre prioridades éticas de nuestro tiempo

23 y 24 de abril de 2010

Puntos de encuentro para  
una ética compartida entre  
creyentes y no creyentes



Patrocinio:



Institución colaboradora:



Baketik 10

Edita: Baketik (Gandiaga Topagunea - Arantzazu - 20567 Oñati)

Impresión: Antza (Industrialdea 2. pab. - 20160 Lasarte)

Depósito Legal: SS-789-2007

junio de 2010

Esta publicación ha recibido subvención de:



El 23 y 24 de abril se celebró la cuarta edición de las jornadas de reflexión sobre prioridades éticas de nuestro tiempo organizadas por Baketik en Gandiaga Topagunea de Arantzazu. Este año se centraron en el siguiente tema: «Puntos de encuentro para una ética compartida entre creyentes y no creyentes». Si el pasado año, el escenario de la reflexión fue el diálogo entre distintas religiones, este año, y a modo de segunda parte, se decidió que lo fuera el contraste reflexivo entre la perspectiva creyente y no creyente.

El sentido de este segundo debate fue el mismo que el anterior: avanzar en un entendimiento ético que pueda incorporar no solo las diferentes identidades religiosas, sino también las de quienes no participan de una fe o creencia religiosa. Tal y como se apuntaba el pasado año un acuerdo ético global interreligioso, intercultural e interconviccional es una prioridad mundial y global para la paz, y es una prioridad local y concreta para la convivencia cotidiana en nuestros pueblos, barrios, escuelas, centros de trabajo...

Precisamente, por ello, la cuarta edición de las jornadas reunió a ponentes y representantes de diferentes sensibilidades creyentes y no creyentes, con los dos puntos del orden del día que ya estuvieron presentes el pasado año: primero, dificultades y sugerencias para un acuerdo ético; y, segundo, análisis de la propuesta «De Asís a Arantzazu» que Baketik está trabajando a modo de contribución en este campo. En total han sido 24 las personas que han participado en este encuentro.

El esquema de trabajo fue el mismo que en ediciones anteriores: dos sesiones con ponencias y debate a puerta cerrada el viernes por la tarde, una tercera sesión a puerta cerrada el sábado por la mañana para buscar consensos y disensos, y finalmente, una mesa redonda abierta al público.

Las jornadas comenzaron el viernes 23 de abril con una comida en el Hotel Santuario de Arantzazu. La primera sesión a puerta cerrada tuvo lugar a las 16.00 h. En primer lugar tomaron la palabra los ponentes invitados, Victoria Camps,

Catedrática de Filosofía moral y política en la Universidad Autónoma de Barcelona, y Juan Martín Velasco, teólogo y Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina con una breve intervención sobre el tema planteado: «dificultades y sugerencias para un acuerdo ético entre creyentes y no creyentes». A continuación, el resto de los asistentes tomaron la palabra y se abrió un coloquio con los ponentes.

Después de un pequeño descanso se inició la segunda sesión en la que se dio continuidad al trabajo y se incluyó en el debate la propuesta de Baketik, «De Asís a Arantzazu» que fue presentada por Jonan Fernandez ([www.baketik.org](http://www.baketik.org)). A las 19.30 h. finalizó la sesión y se organizó una visita guiada al Santuario de Arantzazu.

El sábado 24 por la mañana, tuvo lugar la sesión dedicada a conclusiones, consensos y disensos. Era el momento de ordenar y dar forma a lo tratado en las sesiones previas. Para ello, fue clave el trabajo del moderador, Mariano Ferrer, que comenzó la sesión del sábado con un completo resumen de todo lo acontecido la víspera. Tras la última sesión a puerta cerrada dio comienzo la mesa redonda abierta al público en la que Victoria Camps y Juan Martín Velasco presentaron de forma breve sus ponencias tras las cuales se abrió el espacio para intervenciones a los más de 140 asistentes que llenaron la sala.

Estos dos días en Arantzazu nos dejaron un buen sabor de boca, tanto por las productivas sesiones de trabajo como por el buen ambiente entre los ponentes e invitados. Las comidas, las cenas y las tertulias hasta bien avanzada la noche, fueron un buen momento para conocerse y seguir reflexionando sobre el tema que nos reunió en Arantzazu. Agradecemos a todas las personas invitadas por sus aportaciones y sobre todo por su buena disposición en todo momento.

A continuación, se exponen las comunicaciones que presentaron los ponentes en la primera de las sesiones a puerta cerrada, la visión del moderador sobre el encuentro y las conclusiones de Baketik.

# Comunicación de Victoria Ca

Catedrática de filosofía moral y política en la Universidad Autónoma de Barcelona

## Por qué es difícil la relación entre creyentes y no creyentes

1. No creo que, en general, pueda afirmarse que la relación entre creyentes y no creyentes tiene dificultades insalvables. Sí la tiene la relación entre creyentes superortodoxos y cercanos a posiciones fundamentalistas y no creyentes. También es difícil la relación entre quienes han hecho del laicismo una especie de religión y los creyentes que, sin ser excesivamente doctrinarios, pretenden tener una visibilidad como creyentes en el espacio público.

2. Hay dos cuestiones que sintetizan las discrepancias entre los creyentes y los increyentes, especialmente cuando unos y otros mantienen posturas extremas. Una de ellas es la presencia de los símbolos religiosos en el espacio público: crucifijos, procesiones, días festivos, misas oficiales, indumentaria, etc. La otra, más importante y más difícil de resolver, es la concepción que unos y otros tienen de la moral.

3. Mi punto de vista es que, en una sociedad plural, la moral pública sólo puede ser laica. Lo cual no contradice la afirmación de que la moral sea el aspecto más importante de las religiones monoteístas y deba mantenerse como tal. No son dos afirmaciones contradictorias porque la moral puede ser, en efecto, el aspecto más importante de la religión siendo, al mismo tiempo, autónoma con respecto a ella. De la autonomía de la moral dejó sentados los fundamentos Kant al rechazar toda moral heterónoma que quisiera ampararse en algo externo a ella, como la religión o el derecho.

4. Son dos las cuestiones que enfrentan a la mayoría de las morales derivadas de doctrinas religiosas y a la moral laica. Una es la cuestión del fundamento; la otra la constituyen los contenidos morales, mejor dicho, la interpretación de los principios y valores que nutren a la moral.

5. El fundamento de la moral es un mandato divino, en el caso de la moral religiosa. Hay que cumplir los mandamientos o hay que hacer justicia porque Dios lo manda. Por otra parte, Dios es el creador de la vida humana, por lo que nadie puede disponer de ella a su voluntad, salvo el mismo Dios. Para la moral laica, en cambio, el fundamento radica en la dignidad humana, la cual se define por su autonomía. De ahí que la dignidad otorga al individuo la capacidad de decidir sobre su propia vida. Pensándolo bien, sin embargo, una y otra fundamentación coinciden en el hecho de que ambas se basan en una creencia o en un acto de fe. La fe en Dios y en el origen divino de la vida, en el caso de la moral religiosa; la fe en la dignidad absoluta de la vida humana, en el caso de la moral laica.

6. Pero la separación más radical entre creyentes y no creyentes a propósito de la moral está en los contenidos de la moral. O mejor, en la interpretación que damos a valores tan fundamentales como la libertad individual, la vida, la tolerancia, la igualdad. De nuevo, aquí, la interpretación del valor de la vida es la razón de los mayores desacuerdos entre creyentes y no creyentes. El acuerdo se vuelve imposible en temas como el aborto, la investigación

mps



con embriones o la eutanasia. Pero también es difícil ponerse de acuerdo sobre la educación moral. En una sociedad plural, ¿la educación moral debe ser una obligación privada, de los padres? ¿O por el contrario el estado tiene el derecho y el deber de inculcar unos mínimos éticos a todo ciudadano?

7. Puede parecer que el desacuerdo entre creyentes y no creyentes a propósito de la moral sólo se resolvería si unos y otros pudiéramos acordar que existen unos mínimos éticos o morales universales. La regla de oro de la moralidad –«no hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti»– resumiría esos mínimos. Aun así, seguiría siendo difícil defender normas más precisas, como la de que un feto tiene los mismos derechos que la persona o que los homosexuales tienen derecho al matrimonio. Las discrepancias no están en los principios fundamentales, sino en las interpretaciones que decidimos darles.

8. Tal es la razón por la que el debate moral debe ser parte del debate público. O de eso que ha venido en llamarse «razón pública». La racionalidad que todos compartimos no tiene un contenido claro y definido, es muy indeterminada, sobre todo cuando se trata de hacer juicios de valor sobre cuestiones concretas. Llegar a una determinación mayor sólo puede ser el resultado de un debate realizado con todas las garantías de igualdad y simetría para participar en la toma de decisión.

9. Tenemos que repensar qué significa afirmar que es preciso un debate público sobre temas fundamentales que nos afectan a todos, en el que la religión esté visible como tal. Significa revertir la idea de que la religión es un asunto privado y no debe aparecer en la esfera pública. Significa repensar también qué significa ser laico. Díaz Salazar da esta definición de la laicidad, que puede ser el punto de partida: a) ser laico es dar primacía a la conciencia individual, o sea, a la autonomía de la persona; b) ser laico significa aceptar el pluralismo ético y religioso.

10. ¿Están dispuestos los creyentes a aceptar ambas premisas? ¿Y están dispuestos los no creyentes a aceptar también algunos signos del pluralismo que incluyan manifestaciones y expresiones religiosas? ¿Qué actitud se precisa, por parte de unos y otros, para que ambos puedan convivir y tratar de llegar a acuerdos aceptables para todos? ¿Sería recomendable la postura defendida por Bonhoeffer de construir una moral *etsi deus non daretur*? ¿Se le pide al creyente un sacrificio excesivo al pretender que adopte dicha postura?

# Comunicación de Juan Martí

Teólogo y doctor en filosofía por la Universidad Católica de Lovaina

## Puntos de encuentro y colaboración para un diálogo fecundo en el ámbito de la ética entre creyentes y no creyentes

Un hecho atestiguado por la historia de las religiones: Todas las religiones han desarrollado la moralidad de sus adeptos: «No existe religión alguna... que no diga: haz el bien y evita el mal» (Max Müller). La moral de los sujetos religiosos está estrechamente relacionada con el centro mismo de su vida religiosa, la relación teológica. Y todas las religiones regulan la vida de sus adeptos en sus aspectos más importantes. Existen coincidencias fundamentales en esas regulaciones, aunque la orientación global de cada sistema religioso y los diferentes contextos culturales en que se han desarrollado hayan originado diferencias importantes en la determinación de las conductas. El lugar y la relación de la moral con el resto de los elementos del sistema religioso son diferentes de acuerdo con el tipo de religión de que se trate: sapiencial, mística o profética. Durante siglos, en numerosas tradiciones, la religión, ha regulado la vida de las personas en todos sus aspectos, hasta el punto de que nada en ellas quedase al margen del influjo de la religión. Además, durante largos períodos de la historia la religión ha ejercido la función de reguladora de la sociedad en su conjunto y, por ello, la moral religiosa se imponía a todos sus miembros. La «anomalía cristiana», o el hecho de que el cristianismo haya sido «la religión de la salida de la religión» (M. Gauchet) matiza ese hecho en el caso del cristianismo.

No han faltado en la historia antecedentes del proceso de secularización de la moral: Confucio; la filosofía griega y la «ética humanista» de las sabidurías antiguas: escuela peripatética, estoicismo y, en alguna medida, epicureísmo. Esa secularización culmina en la época moderna de la filosofía occidental y tiene su expresión más clara en Kant. El desarrollo de un pensamiento, una cultura y una organización de la sociedad que asume la autonomía de la moral crea las condiciones para un nuevo planteamiento de la relación entre moral y religión.

El centro de la nueva situación está en que en ella se hace plural la relación del ser humano con el más allá de

sí mismo antes acaparada por la religión. A partir de ese momento el hombre puede ejercitar la dimensión de trascendencia que le es connatural bajo la forma de la «fe filosófica», la vida moral, el ejercicio de su dimensión estética, una espiritualidad laica, o la fe religiosa.

En esta nueva situación pensar la relación entre religión y moral requiere en primer lugar la constatación de la diferencia fenomenológica entre ambos aspectos de la vida humana. Religión y moral, lo sagrado y lo ético, constituyen dos mundos humanos diferentes, dos ámbitos de realidad, en los que el ser humano vive su relación con lo último, lo absoluto, lo supremamente valioso para él. En ambos mundos vitales el hombre pone en ejercicio la dimensión de trascendencia que le es connatural. En las dos actitudes entra en contacto con el más allá de sí mismo presente en su interior. En la experiencia ética, reconocido como bien y valor que reclama la adhesión de la libertad humana. En la actitud religiosa, reconocido como presencia personal de la que procede, a la que le orienta su anhelo más profundo, y que le ofrece salvación para su ser personal y sentido para su vida.

La presencia en el ser humano de esa dimensión de trascendencia y la polifacética condición humana originan una pluralidad de actitudes en las que realizar el ejercicio de esa dimensión: la filosófica, la estética, la ética, la espiritual y la religiosa. La unidad del sujeto reclama, por otra parte, la articulación de todas esas dimensiones, y esa articulación puede realizarse de forma diferente por cada sujeto de acuerdo con la dimensión que se adopte como eje y centro de la propia vida. Existen diferentes modelos teóricos para esa articulación.

La tendencia de las personas a privilegiar e incluso absolutizar la actitud adoptada como centro de la propia vida conduce con frecuencia a supeditar a ella el resto de las actitudes y a elaborar una teoría que termina por privarles de legitimidad. Así sucede, a mi entender con

# n Velasco



los sujetos religiosos que, al hacer de Dios el unum necessarium de su vida piensan que sólo él es fundamento adecuado para valores absolutos y terminan declarando imposible la moral al margen de la afirmación de Dios: «Si Dios no existe todo está permitido». Personas, en cambio, que han tomado conciencia de la autonomía de la moral en postura polémica con la religión tienen tendencia a pensar que lo que los creyentes llaman Dios representa un obstáculo para la realización del ser humano que haría imposible el ejercicio de la libertad y por tanto pondría en peligro una ética auténtica en los creyentes. A mi entender, ni Dios religiosamente aceptado es el único fundamento posible de la moral, ni es un obstáculo para el desarrollo de la vida moral. Las dos afirmaciones se ven refutadas por el mismo hecho: hay personas que se consideran no creyentes y han desarrollado una vida moral digna y elevada; y hay personas creyentes que son ejemplos de lo mismo.

No es difícil encontrar las razones que llevan a unos y a otros a convertir su forma de articular las diferentes dimensiones del humano en su propia vida en razón para excluir formas diferentes de hacerlo. Me referiré a las que actúan, a mi entender, en algunos creyentes. Se trata fundamentalmente de su forma de entender el contenido de su adhesión creyente bajo la forma de un cuerpo de verdades reveladas por Dios y que reflejarían el conjunto de lo real tal cual es. Así entendida la revelación, tendrían en ella la garantía de poseer la verdad, de la que estarían excluidos todos los que no la han recibido o la rechazan. Un análisis más atento de la naturaleza misma de Dios, de

su condición misteriosa, de la misma revelación y de la fe con la que se responde a ella ofrece numerosas razones tomadas del interior de la misma religión para la aceptación de caminos diferentes del seguido por el sujeto religioso para entrar en contacto con el más allá de sí mismo al que el sujeto religioso identifica como Dios.

Excluidas las posturas de mutua exclusión entre creyentes y no creyentes a propósito de la ética, sería útil para favorecer el diálogo entre ellos poner de relieve las aportaciones que puede hacer a la moral el hecho de ser vivida en el interior de la vida religiosa, y las que puede suponer para ésta la forma laica o no creyente de vivir una moral fundada en la razón y en el reconocimiento de la dignidad humana.

La espiritualidad constituye probablemente la última dimensión de la persona a la que ha llegado el proceso de secularización. A la pregunta de A. Camus de si «se puede ser santo sin Dios» son muchas las personas que responden hoy día de manera afirmativa. Testimonio de ello son los resultados de numerosas encuestas y las afirmaciones explícitas de personas no creyentes que reclaman para sí el ejercicio de una verdadera espiritualidad. El hecho es ya admitido en tratamientos manuales de la espiritualidad cristiana. Existen también importantes exposiciones de las formas más importantes espiritualidad laica e intentos de sistematización de lo que tienen en común. También en este terreno de la espiritualidad caben distintas formas de pensar su relación con la espiritualidad surgida en el interior de las religiones.

# El punto de vista del moderador

Mariano Ferrer

Confieso que la cita anual de Baketik para reflexionar sobre las prioridades éticas de nuestro tiempo, se me antojaba problemática. Las III Jornadas celebradas el año pasado («Diálogo interreligioso: dificultades y sugerencias para un encuentro ético global») habían supuesto un ejercicio descarnadamente pragmático de la dificultad que las jerarquías confesionales, con sus bien cavadas trincheras doctrinales, suponen para una confluencia ética interreligiosa e intercultural que pueda plasmarse en acuerdos concretos. Con ese antecedente, las IV Jornadas («Puntos de encuentro para una ética compartida entre creyentes y no creyentes») parecían rizar el rizo. Constatada la dificultad de avanzar en un entendimiento ético entre adscritos a una fe concreta, se pretendía ampliar el campo a una ética común entre quienes aceptan una moral religiosa (derivada de una revelación, cada cual la suya) y quienes no necesitan de ningún Dios para fundar una ética autónoma, expresión de su naturaleza racional.

Metidos en faena, la reflexión se encaminó naturalmente a explorar si esa convergencia en unos mínimos éticos compartidos es o no posible; caso de serlo, en qué podía concretarse, y, finalmente, cómo avanzar hacia esos acuerdos deseables. Siendo cierto que una ética común no se justifica por el conflicto, y que la gestión de la pluralidad corresponde a la política, parece sin embargo razonable plantearse que, en un mundo plural y globalizado con problemas compartidos, busquemos cuanto puede contribuir a soluciones globales que nos permitan convertir en pacífica convivencia la mera coincidencia de seres humanos sobre la tierra. Lo que no quita que la conciencia de su dificultad, puesta de relieve en el trabajoso progreso de los valores de la ilustración y la declaración universal de los derechos humanos, convierta en un acto de voluntad –si es necesario tiene que ser posible– la apuesta por unos principios comunes universalizables.

Al hilo de estas reflexiones, asomaron debates tan interesantes como imposibles de dilucidar en el corto espacio de las Jornadas: si, por ejemplo, la búsqueda de una ética común exige prescindir de toda dogmática religiosa, y si ello implicaría una inadmisibles imposición laica; o si esa ética mínima de la que hablamos es una realidad potencialmente existente o una mera construcción hermenéutica para converger desde las éticas realmente existentes en objetivos comunes.



Por un proceso natural de supervivencia del propio debate, éste se adentró en esos posibles objetivos comunes, mínimos si se quiere, pero factibles y compartibles. Hubo una coincidencia inmediata: no hay que reinventar lo inventado, no se trata de re-escribir la Carta de Derechos Humanos. El problema no está en la falta de una normativa ética o una lista de derechos compartida sino en la ausencia de un compromiso con esos derechos universales que asuma las obligaciones que comporta hacerlos efectivos.

Al avanzar en esta línea, se apuntó la necesidad de plantearse objetivos modestos, con perspectiva de desarrollo sin límite; huir de acuerdos redondos y absolutos y optar por el trabajo que crea las condiciones y profundiza en pedagogías que sirven de punto de encuentro. Así, se apuntaron diversos caminos que, sin aspirar a un punto de partida común, ni a compartir un mismo fundamento de la moral, confluyan en la voluntad de querer lo mismo y actuar desde ella. En otras palabras, huir de planteamientos abstractos y partir de experiencias compartidas para desarrollar virtudes cívicas compartibles.

Sugerencias interesantes, solo cito unas cuantas, fueron:

·La coincidencia frente a las injusticias. Sin esperar a compartir diagnósticos sobre causas o culpas, entrar directamente a humanizarlas.

·Las víctimas como negación de la ética y urgencia fundamental. Dar una respuesta centrada en que dejen de serlo o, al menos, se reduzca su número.

·Educar la sensibilidad ética. La teoría ética es necesaria, pero ha de completarse con la experiencia de lo que choca con ella, de modo que el sentimiento ético, el gusto por hacer el bien ante lo que está radicalmente mal, refuerce lo que dicta la razón o la religión.

# Conclusiones de Baketik

En las jornadas del año pasado, reflexionamos sobre la posibilidad de poner en común una ética interreligiosa e intercultural. En estas jornadas y como complemento de aquel debate, hemos dialogado sobre puntos de encuentro para una ética compartida entre personas creyentes y no creyentes en Dios. Es una cuestión que nos interesa, nos preocupa y nos ocupa.

Vivimos en sociedades diferentes y de diferentes. Formamos comunidades complejas con identidades progresivamente más plurales. La convivencia es elaboración constructiva de la diferencia y los conflictos. Nos interesa buscar y encontrar una ética compartida que pueda avanzar un poco más allá de una declaración de derechos generales y que pueda definir deberes para la convivencia.

Nos interesa para vivir y convivir mejor. Nos interesa en el ámbito planetario y nos interesa en nuestro barrio, en nuestra escuela o en nuestro pueblo. Nos interesa también porque tenemos voluntad y capacidad de mejorar. Confluyen, por tanto, en este proyecto, un impulso ético y otro pragmático. Ahora bien, se trata de un impulso realista. El objetivo de estas jornadas era modesto. Desde luego, no pretendíamos resolver en 48 horas un problema tan complejo y global.

Simplemente, queríamos reunir a un grupo de personas con sensibilidades diversas para dialogar sobre dificultades y sugerencias para una ética compartida entre diferentes identidades religiosas y de convicción. No aspirábamos ni pretendíamos alcanzar un acuerdo; pero sí intentamos extraer algunas conclusiones que pudieran ser constructivas y positivas. Las siguientes son las que formuló Baketik al terminar las jornadas.

## 1. Algunos obstáculos que dificultan el avance

La posibilidad de procesos de diálogo y entendimiento ético entre universos sociales con identidades religiosas y de convicción diferente se ve dificultada, al menos, por los siguientes factores

- Presencia, en ocasiones dominante, de estereotipos de unos sobre otros que desprecian o caricaturizan sus respectivas convicciones

- Fuerte influencia de dogmatismos en los distintos ámbitos que condicionan la posibilidad de una comprensión mutua

- Tendencia a confundir consenso e identidad, de modo que cuando se busca lo que une se desdeña la singularidad como un estorbo.

- Pretensiones que se sitúan fuera de la realidad y conducen al fracaso de cualquier intento de aproximación porque:

- persiguen un acuerdo en todo, en los fundamentos éticos, en los diagnósticos que lo sustentan, en el discurso que lo construye... y olvidan que es



suficiente con compartir las conclusiones con una perspectiva de progresividad.

-aspiran a buscar una solución perfecta, completa, total y definitiva a modo de fórmula mágica, o incluso se centran y empeñan no tanto en identificar los consensos como en convencer de la propia percepción de la verdad.

## 2. Sugerencias para avanzar

Sortear los obstáculos anteriores es ya una primera sugerencia para avanzar en la búsqueda de puntos de encuentro ético. Además, en estas jornadas hemos comprobado que los procesos de consenso se podrían facilitar profundizando en propuestas como las siguientes:

·Promover el interés por conocernos más allá de los estereotipos y dogmatismos. Esto implica impulsar diálogos y encuentros entre diferentes, practicar el respeto y la aceptación mutua, y asumir la autoexigencia de un plus de rigurosidad al juzgarnos.

·Asumir que la búsqueda de una ética compartida es un proyecto que se sitúa a contracorriente y que, si bien no es realista pretender una solución perfecta, es posible crear condiciones que mejoren la vida y el mundo.

·Acotar los objetivos del consenso con modestia, progresividad y sentido de las prioridades y urgencias éticas: humanizar (reduciendo desigualdades, injusticias y sufrimientos), y prevenir (fanatismos, dogmatismos y violencias).

·Aceptar que Dios ni es imprescindible ni representa un obstáculo para definir una ética compartida entre personas creyentes, no creyentes en Dios y creyentes de diferentes confesiones.

·Considerar la educación como un ámbito privilegiado para buscar el entendimiento ético entre diferentes, dando especial importancia a una educación que, desde una ética del semejante, promueva experiencias de lo más específica y transversalmente humano con alta potencial pedagógico y humanizador.

·Ofrecer la Propuesta educativa Izan y sus ocho vivencias de aprendizaje de la limitación, el agradecimiento, la escucha de la conciencia, la dignidad humana, el diálogo, la empatía, la paciencia y el amor, como aportación de Baketik para profundizar en este proceso entendimiento.